

Peña Fernández, Francisco (2022): *La temprana sombra de Caín*, Almuzara Universidad, Córdoba, 184 pp., ISBN 978-84-11311-62-5.

Emilio González Ferrín
Universidad de Sevilla, España  

<https://dx.doi.org/10.5209/Ilur.96880>

Presenta Francisco Peña en *La temprana sombra de Caín* un magnífico ensayo que sin dejar de mirar cara a cara al gran público plantea una serie de preguntas historiológicas de profundo calado. Es probable que su principal mérito, lo que hace único a este libro, sea haber logrado difuminar los contornos entre Filología, Historia y Ciencias de las Religiones, por lo que estamos ante una tarea que solo pudo acometer una persona de mundo, salto, cambio y adaptación, algo que difícilmente puede enseñarse hoy día en muchos centros de formación en los que se reparten toscas herramientas dignas ya de gremios centenarios. Tal cambio y adaptación propios del autor son solo explicables siguiendo su biografía prácticamente cinematográfica, algo que conocemos bien quienes hemos tenido el privilegio de ser testigos de sus andanzas durante los últimos treinta años. No me detendré en tal recorrido sino que avanzaré hasta encontrarnos con el autor a día de hoy. Imparte docencia e investiga Francisco Peña en Canadá, en el campus de la Universidad British Columbia sito en la ciudad de Kelowna, y su departamento recibe la atípica denominación de Estudios Creativos y Críticos, términos incluidos tradicionalmente en el índice de anatemas peninsulares ibéricos – imaginen, ser creativo y crítico en España-, por lo que ni siquiera trataré de atraer la atención hacia este libro de lectores definidos institucionalmente, dado que su contenido no puede ser etiquetado entre la panoplia de descriptores al uso y no lo van a entender.

El título del libro, *La temprana sombra de Caín*, de indisimulada intención literaria, evoca una serie de propósitos trenzados: el largo recorrido histórico de algo –la temprana-, la sutilidad de su presencia e influencia –sombra-, así como el nombre propio que solo un escaso puñado de valerosos ha elegido para sus hijos: Caín, el mal hecho persona elevado ya a la categoría transhumana de maldición legendaria. En España suele manejarse tal categoría; mucho se ha hablado y publicado acerca del inveterado y probablemente endémico cainismo español, pero lo cierto es que muy poco es lo que se ha profundizado en las raíces de tal evocación. Y en esa idea de prolongada carencia estriba, básicamente, el motor de este ensayo: rastrear la sombra del fratricida bíblico, proyectada en nuestra historia desde lo más temprano. Veo en el propósito y en la factura de este trabajo sobre las sombras una luz contrastiva inevitable: Américo Castro. Este pensador fue descrito como el *nombre nunca pronunciado en las universidades españolas* de los cincuenta y sesenta por parte de un maestro de Francisco Peña, a la sazón Paco Márquez Villanueva, cuya impronta en nuestro colega canadiense resulta evidente por su modo pausado de dejar hablar a los textos. Pues bien, Castro vivió, como el citado Márquez Villanueva y el propio Francisco Peña, la circunstancia privilegiada de poder mirar lo español desde el otro lado del Atlántico. Decidió, forzado por el exilio, contemplar la llamada Edad Conflictiva de las letras españolas –así llamé al Siglo de Oro- precisamente a la cruenta luz de los acontecimientos que tuvieron lugar en el ruedo ibérico del 36 al 39. Ese modo de matarse los hermanos, ese cainismo español –se preguntaría Américo Castro- ¿realmente es un mal congénito de una generación, o genético de un pueblo? Y la respuesta polifónica, alegórica, histórica de los maestros, entiendo yo, tiene su eco en esta obra sobre *La temprana sombra de Caín*.

Aparte del Castro iluminador, de ese maestro en leer la historia a través de la literatura, hay algo también sutilmente novelesco en la obra de Francisco Peña. La he leído como enésima e inteligente entrega de una posible saga sobre cainismo postbíblico, podríamos llamarlo. El modo en que se asume literariamente un mundo cultural que, sin ser ya necesariamente producto de un adoctrinamiento religioso, sigue calando generación tras generación en los imaginarios colectivos. Me refiero al odio fratricida de Steinbeck en *Al este del Edén*, así como el reflejo literario y cinematográfico de tantos matices nuevos en las traducciones pseudo-epigráficas y, en concreto, *El evangelio de Caín*, de tanto resabio borgeano, o bien la nunca suficientemente alabada novela de Manuel Vicent *Balada de Caín*, con esa lectura pop y urbana contemporánea del polifacético mal, intrínsecamente humano. Todos ellos encajan a la perfección en el género mixto del ensayismo que practica Francisco Peña en su Caín como relato. Pero con una salvedad: en el trabajo que nos

ocupa no hay un Caín causante sino una narración cainita *a posteriori*. No es que siga presente Caín en los modos de creación –literaria- o destrucción –maldad humana-, sino que la sombra que nos ofrece este libro es la de una genuina narración retrospectiva. Una excéntrica explicación de la historia una vez producida. Una excusa. Un intento de justificación, de señalamiento acusatorio: si tal rey mató a su hermano, es porque Caín estaba en él, saltando así, de lo literario a lo histórico y el análisis de su propaganda.

Porque el libro que nos ocupa es en realidad eso: el rastreo de justificaciones propagandísticas de determinados reyes hispanos que acudieron al drama bíblico del fratricidio para presentarse ante el público de su tiempo como justicieros, no como asesinos. La alusión a Caín en el público que leía crónicas en las que un hermano mataba a otro serviría, así para dos fines cuya solo aparente incompatibilidad se explica partiendo del simbolismo inequívoco de la personificación del mal: si un rey mataba a su hermano y el cronista quiere denunciar el hecho, aludirá a que Caín mató a Abel. Pero si el cronista recibe el encargo del propio asesino fratricida, el arte áulico del cronista logrará hacer ver a los lectores potenciales que el justiciero no tenía otra opción; que su hermano era Caín y ¿quién no se adelantaría a sus vesánicos fines haciendo desaparecer la mala acción en ciernes junto con el cuerpo que iba a cometerla?

Con esos mimbres, Francisco Peña teje una urdimbre de referencias encontradas. La mitad final del libro relatará las noticias sobre algunos reyes hispanos que se vieron involucrados en acciones fratricidas y acudieron al relato bíblico para justificarlas, apareciendo, así, como salvadores en las crónicas. Pero para eso necesitaba el autor una primera mitad del libro que renovase el conocimiento sobre el Caín bíblico ante un público al que no hay que suponer formación previa en la materia. Y ahí destaca la pluma exegética de Peña, diseccionando ese espacio nada conocido –y escasamente accesible- de la literatura interpretativa sobre la Biblia; su valor literario e ideológico, especialmente en la versión hebrea, cuyo peso en la cronística hispana destaca este libro. En esa sección hermenéutica, el autor nos muestra los diferentes rostros del fratricida por excelencia, el hermano airado del Génesis, así como su deambular narrativo por el resto de la literatura bíblica, ya sea canónica o apócrifa. A la luz de la sombra de Caín, y valga la contradicción, Francisco Peña nos guía por el virtuosismo de la literatura antigua como Génesis o el Libro de Samuel, así como la esperada transformación religiosa y literaria de Caín y su tratamiento a través de los siglos.

Trazado ese primer recorrido, el autor fondea en diversas calas historiográficas como Isidoro de Sevilla y el peso en su obra de los tratados *adversus iudaeos* de la patrística latina, o en apologetas como Ximénez de Rada o López de Ayala, hasta amarrar en un puerto que conoce bien: la *General Estoria* de Alfonso X. La conclusión se venía anunciando: esa tradición cronística hispana aprovechó aquella temprana sombra de Caín para armar narrativas contra determinados personajes históricos e incluso comunidades enteras.

Caín frente a otros antihéroes, las reescrituras del ciclo adámico, su papel en la primera identidad cristiana y el anclaje de la fe católica contra los judíos, Don Juan Manuel y la cainización del rey Alfonso X, o la “merecida” muerte del rey don Pedro son títulos de capítulos que nos acercan a un universo literario algo huido por lo muy especializado de los mundos de su comprensión –estudios bíblicos o bien historiografía castellana-, y que en este libro se despliegan sin erudición innecesaria sino, más bien, en el lenguaje culto universal que debe acompañar a un ensayo de alta divulgación.